



alethéia
revista ieu universidad



RACISMO, LA ADORACIÓN DEL YO

Alberto Aguilar Carmona



ARTÍCULO DE OPINIÓN:
RACISMO, LA ADORACIÓN DEL YO

AUTOR:

Alberto Aguilar Carmona

ADSCRIPCIÓN:

Profesor IEU

CORREO ELECTRÓNICO:

editpaginas@hotmail.com

TELÉFONO:

246 103 16 32

Resumen.

El racismo es la confirmación de que el ser humano tiene un concepto de sí mismo muy alto, lo que provoca que su especie sea menor respecto del juicio que un individuo tiene del otro.

Abstract.

Racism is the living proof that the human being has a very high concept of himself, which makes his own species worthless respect from the perception a human being to another.

RACISMO, LA ADORACIÓN DEL YO

El racismo en México tiene carta de naturalización desde el núcleo familiar. Parece que es muy nuestro ser así, aunque, ante la vista de los acalorados, ser racista “no es de Dios”.

Las motivaciones para discriminar o perseguir lo que ante nosotros es suma de minusvalía reunida en una persona, resulta gozoso y jocoso por el altísimo concepto que tenemos de nosotros mismos. “Después de mí, el diluvio”. Dicho de otro modo: el otro, el sujeto, ni es semejante ni es nada ni es nadie en comparación con nuestra palpable magnanimidad; esta presunción hace que el racismo sea una forma consciente de exclusión que casi nadie puede resistir.

Indagando, es el escritor florentino Giovanni Papini quien mejor argumenta respecto del impulso ilímite del ser humano, lo que hace a éste omnímodamente insoportable: “El hombre a pesar de todas las hipocresías y las retóricas, no ama sinceramente más que a sí mismo y no respeta ni adora más que a su propio yo”.

La adoración del yo acaso se diluye o atrae a la complacencia cuando de la progenie se trata. Entonces sí, si de raza y clase hablamos, los prejuicios y la exclusión pueden esperar sentados.

Verbigracia, en el programa número uno de la televisión humorística en México, *El Chavo del 8* (transmitido por Canal 2, cuyo origen data de 1970 y continúa el éxito en las redes sociales), el personaje de Doña Florinda es quien a pesar de vivir en una vecindad y convivir con la gente que ahí habita, reitera incansable a su hijo Kiko: “No te juntes con esa chusma”. La chusma es la gente grosera, vulgar, chismosa, entrometida que tiene por vecinos. Por tanto, el hijo de Doña Florinda y ella misma están muy lejos de tal calificativo. No discrimina a Kiko por la legítima razón de ser su hijo, su adoración, a pesar de que en la vecindad también hay niños a quien pudiera tener afecto, respeto.

Si bien el racismo es una construcción social en la que se asignan relaciones de poder,

valores, sentidos sociales arbitrarios, es en la familia donde en el proceder cotidiano se refuerzan mecanismos de clasismo a veces evidentes, risibles. Expresiones como “los parientes pobres”, “mis primas las chancludas”, “la oveja negra”, “la oveja rosa”, “mis primos los tierrudos” muestran cómo la condición social y el proceder son indicadores para establecer la posición del individuo.

Cimentar la existencia sólo por formar parte de una familia honorable es para muchos la única justificación para ser irrespetuosos y excluyentes; es decir, hacer valer el peso social del apellido (de la inmejorable heráldica), de la dinastía, cuya descendencia es robusta afirmación de que la progenie es de inmaculada estirpe, la pedantería ¡hasta de la ciudad de la que son nativos!, es capital que da suficiente para confirmar que nadie es mayor ni mejor que los que tienen esa afirmación pero únicamente para sí mismos.

Por supuesto que el racismo se extiende como pólipos: su aliento ha sido alimentado y no amonestado desde el núcleo familiar.

El ídolo de México, Pedro Infante señaló dramáticamente el racismo al interior de una familia, en el largometraje *Angelitos negros* (1948). La afirmación de que “nunca falta el negrito en el arroz” ya da aviso de la importancia del color blanco sobre el negro, aunque no reparemos racismo en ello. Hace años se enunciaba “gente de

color” para no ceder a la realidad evidente respecto de la piel y raza: hablaban de personas de color negro. Al referirse a la “oveja negra” de la familia, se le atribuye el color negro al registro de lo vivido en una persona: fracaso, inmoralidad, desfalco y pobreza, desvío de conducta, indigno de formar parte de una familia.

Los códigos y estratos sociales diferentes se acentúan al grado de que cada individuo se siente el primer Adán, la primera Eva, hechos a mano, perfectísimos.

Despojarse de la caspa de los prejuicios y los eructos de la discriminación acaso sea posible si recordamos las Leyes de Mendel, si no perdemos de vista las clases aquellas de biología: biológicamente “la raza” cuenta por sólo 0.012% de diferencia en nuestro material genético; de lo demás (cuerpo, mente, color de piel...) como seres humanos comparten más del 99%. Genotipo y Fenotipo. Estos conceptos se han olvidado y se han impuesto otros que en la conducta humana los desdican: sexismo, racismo, clasismo...

El sujeto que racializa y el sujeto racializado tienen una reflexión pendiente. ■